

Un viaje por América

JUAN Felipe Toruño ha escrito un libro extraordinario.¹ Se trata del relato de un viaje reciente suyo por Suramérica, y como ese viaje es algo que sale enteramente de lo común, el libro no podía desmerecerle. En otros tiempos los poetas salían a conquistar el mundo a pie, apoyándose en un bastón y con la bolsa de ropa al hombro. Pero ya en la segunda mitad del siglo XIX Rubén Darío salió de Centro América para Chile en barco. Hoy, poeta que no viaja en avión, no merece llamarse poeta. Así es que Toruño viajó en la Panagra.

Desgraciada la hora en que lo hizo, porque la Panagra es el villano de este libro. Entorpece y arruina todos los planes del viajero, le absorbe su dinero con crueldad de baracuta; le hace levantarse en la madrugada para tomar un avión que no llega hasta el día siguiente; se burla de sus "reservaciones"; le hace esperar siglos en las oficinas de la ciudad; le abandona a su suerte en Puerto Spain cuando el poeta, en realidad, iba para Venezuela... le somete a la insultante indiferencia de engominados jovenzuelos que se deleitan enredando su itinerario hasta dejarlo convertido en un *puzzle*.

Fuera de estas dificultades aéreas, Toruño tuvo otras más terrenas. Le llovió en las tres cuartas partes del viaje, y cuando digo que le llovió quiero decir que del cielo le caían sapos y culebras. Estas tormentas impidieron la realización de algunos actos públicos en que iba a tomar parte el autor y no le permitieron conocer a un número de ilustres personajes que prometían aparecer en el hotel

1 *Un viaje por América, Itinerario, El Salvador, 1951.*

donde se hospedaba Toruño y, luego, aterrados por el diluvio, brillaban por su ausencia.

A propósito de complicaciones imprevistas, es necesario decir que Toruño soportó estoicamente varios desarreglos estomacales. Y esto sí constituye una hazaña. Ciertamente es que para poder pasearse por la calle Florida en Buenos Aires —según su propio testimonio— no le bastó una dosis de sal de frutas, sino que tuvo que ayudar a ésta con una generosa cantidad de sal hepática. Pero ¿podía esperarse menos con tantos almuerzos y comidas que le dieron, con tantos, tantísimos, brindis ofrecidos por las húmedas representaciones diplomáticas hispanoamericanas? Sin decir nada de los ágapes literarios. Con letras de oro debiera decirse que Toruño ha sobrevivido una serie ininterrumpida de comilonas estético-filosófico-metafísicas a través de todos los ámbitos de la América española. Con decir que resistió en Copacabana una comida en que, además de los aperitivos y manjares, tuvo que tragarse las recitaciones de los Embajadores del Uruguay y del Paraguay, basta para que se le levante un monumento frente al Pan de Azúcar.

A Toruño le salvó su optimismo y energía admirables. Su libro da fe de una actividad capaz de matar al más dinámico vendedor viajero. En cada ciudad que visitó se dió maña para entrevistarse con escritores de prestigio, con los representantes diplomáticos de su país, con sus colegas de la prensa, con dignatarios de gobierno, directores de museos y bibliotecas; tuvo tiempo, además, para dictar conferencias en paraninfos universitarios y hasta para escribir paso a paso sus impresiones. Su buena voluntad estuvo, a veces, a punto de naufragar. Pero, ante esos incidentes Toruño saca a relucir un buen humor sin consecuencias. La mayor parte de la gente que buscaba resultó hospitalaria y bondadosa. Sobresalen en este libro las figuras de tres intelectuales que le brindaron generosamente su amistad al periodista centroamericano: García Monge, Sanín Cano y Alfredo Palacios. No me refiero a lo que hayan podido hacer o no hacer por él. Me refiero a lo que le dieron de materia candente y viva para su libro. Otros le pasearon o le festejaron. Esos intelectuales que acabo de mencionar le ofrecieron a Toruño la oportunidad de penetrar en el tema más dramático de la vida hispanoamericana actual: la lucha desesperada de la auténtica democracia contra el avance de un nazismo que resucita con fuerza inusitada.

Toruño buscó a García Monge tan pronto como llegó a Costa Rica. Inquirió sobre su domicilio y nadie le pudo dar las señas. No le conocían sus compatriotas. O no querían conocerle. Por fin, un pariente de García Monge se ofrece a guiarle:

“Frente a una puerta, después de una casa en reconstrucción toca con los nudillos. Abrese suavemente una hoja y don Joaquín aparece. Rosado. Sencillo. Carirredondo. Le doy mi nombre y nos abrazamos. ... Le digo ... de mis propósitos de viaje por el Continente.

—Yo no haría ese viaje —observa—. Le temo al avión y no me agrada ir por otros lugares. Por eso no me he movido de aquí no obstante las invitaciones.” (p. 33).

¿Qué le ha sucedido a García Monge en su patria? He aquí el testimonio de Toruño:

“A don Joaquín lo han dejado únicamente con el *Repertorio Americano*. Y si éste no ha sido suspendido, es porque se respeta la opinión, el juicio, el criterio internacional. Le suprimieron sus cátedras, sus clases y hasta el nombre que de él lleva una escuela en Desamparados, quisieron eliminarlo. No haciéndolo, por lo mismo, por el conocimiento que se tiene de la simpatía de los hombres de letras para quien mantiene una cátedra de cultura continental desde su publicación.” (p. 34).

Mientras tanto el *Repertorio* se mantiene gracias a la devoción increíble de este hombre extraordinario: “Sosegado pero diligente trabaja en su *Repertorio*: selecciona el material. Lo ordena. Corrige pruebas. Escribe las direcciones. Las aplica en el rollo de la revista y no va al correo a dejarlas, porque él no sale de su compartimiento, entre multitud de libros y papeles.” (p. 34).

La situación de García Monge, por lo visto, es difícil y si en su propio país le rodea la ingratitude y la ignorancia de sus grandes méritos, entonces es el deber de los escritores hispanoamericanos defenderle y colocarle en el lugar distinguido que se merece. Las Naciones Unidas y la UNESCO están repletas de patanes y figurones cuyos puestos deberían ocupar escritores y líderes de la talla de García Monge.

En cuanto a Sanín Cano ¿cómo no ha de ser molesto para un intelectual de garra como él vivir entre soplones y espías que pululan en las telas de araña de una dictadura reaccionaria? Toruño lo vió

anciano ya, vestido de oscuro, altivo e inmovible en su fe liberal, cordial y hospitalario para con el centroamericano, valiente y respetado hasta por sus esbirros.

Es una lástima que no se detenga Toruño a reflexionar sobre las causas de esta persecución policial que se desencadena en gran parte de América contra los representantes más genuinos de la cultura y del pensamiento democrático. En Buenos Aires le tocó ver a Alfredo Palacios y escuchar de sus labios la queja de un hombre que siente en carne propia las consecuencias de la desintegración civil de su patria y el reemplazo de los antiguos valores criollos por fórmulas de violencia y ciego fanatismo. Toruño dice en repetidas ocasiones que su viaje es el de un periodista, que su labor no consiste en opinar sino en informarse y relatar objetivamente. Sin embargo, en varios trozos de su libro estampa comentarios despreciativos para los movimientos obreros —una manifestación política en Santiago (p. 147), una huelga en Uruguay (p. 224), por ejemplo— y hasta da crédito a la versión oficialista de episodios tan vergonzosos como el desafuero y persecución de Pablo Neruda en Chile (p. 147). Es cierto que su actitud cambia al referirse a la política centroamericana y, por lo general, no tiene reparos en llamar por su nombre a los regímenes dictatoriales. Acaso le faltó información sobre la política sudamericana y le confundió la multiplicidad de los partidos. En todo caso, lo menos que se puede esperar de un periodista experimentado como Toruño es que sea capaz de oler las maniobras dictatoriales aunque no conozca los detalles.

Junto a estos comentarios políticos que tal vez sea mejor descartar, hay en el libro de Toruño otras materias que el lector acogerá con gran interés. Sus rápidas semblanzas de escritores de renombre continental, por ejemplo. Es de lamentar que algunas de sus conversaciones hayan sido tan breves: tal es el caso de su entrevista con Miguel Angel Asturias. El novelista guatemalteco se afirma cada vez más como un valor permanente en la literatura hispanoamericana y sus lectores le habrían agradecido a Toruño un par de páginas íntimas sobre su carrera literaria, sus ideas y sus actividades en la capital argentina. Sus conversaciones con Capdevila y Sabat Ercasty, en cambio, dan una impresión acertada sobre la personalidad de estos escritores. A muchos escritores no pudo entrevistar Toruño porque se hallaban de vacaciones o se enfermaron re-

pentinamente, (como Carrera Andrade que lo iba a presentar en una conferencia).

Toruño no tenía tiempo de insistir. En su libro no hay lugar sino para el acontecer más inmediato. Detalles que harían ruborizarse a otros autores salen aquí en letras gordas y contundentes. Así es este libro: telegráfico en su estilo, incorregible en su candor, entretenidísimo a causa de esta misma franqueza y esquematismo. ¡ Con qué simpático descuido le cambia Toruño el nombre a ciertos escritores! ¡ Cuántas fechas y títulos hay aquí enrevesados! Pero ¿ a quién le importa? Toruño viajó en avión y escribe aeroplánicamente. Todo viajero en potencia debiera leerlo, cualquiera que sea su condición o propósito: sea poeta que va a conquistar la fama, o sea simple turista que va a batallar encarnizadamente contra los empleados de la Pan American.

FERNANDO ALEGRÍA.

